

CAPÍTULO UNO

Madam Sauer era una bruja. Una bruja real, no la clase de bruja a la que se refieren las personas groseras para describir a una mujer desagradable y demacrada, aunque también era eso. No, Serilda estaba convencida de que Madam Sauer ocultaba poderes ancestrales y celebrara en comunión con los espíritus en la oscuridad del bosque durante cada luna nueva.

Tenía poca evidencia para comprobarlo. O más bien, era solo una corazonada. Pero ¿qué otra cosa podía ser la antigua maestra malhumorada con esos dientes amarillentos algo afilados? (En serio, si la mirabas de cerca, se podía notar que parecían agujas inconfundibles, al menos cuando la luz se reflejaba de una manera en particular o cuando se quejaba de su parva de estudiantes miserables, *otra vez*). Los aldeanos insistían con culpar a Serilda por cada desgracia que recaía sobre ellos, por más pequeña que

fuera, pero ella sabía la verdad. Si había alguien a quién culpar, era Madam Sauer.

Era probable que preparara pociones con uñas de los pies y tuviera una salamandra alpina como mascota. Cositas pegajosas y desagradables. Irían bien con su temperamento.

No, no, no. No quiso decir eso. Le gustaban las salamandras alpinas. Nunca les desearía nada tan horroroso como estar espiritualmente conectadas a este ser humano abominable.

—Serilda —dijo Madam Sauer con el ceño fruncido, su expresión favorita. Al menos, asumía que tenía esa cara. No podía realmente verla si tenía los ojos tan modestamente fijos en el suelo de tierra de la escuela.

»Tú no fuiste —continuó la mujer con palabras lentas y filosas—, bendecida por Wyrdith. Ni por *ninguno* de los dioses antiguos, para que conste. No negamos que tu padre sea un hombre respetable y honesto, ¡pero él no rescató a una bestia mítica herida por la cacería salvaje! Esas cosas que les cuentas a los niños, son... son...

¿*Ridículas?*

¿*Absurdas?*

¿*Algo entretenidas?*

—¡Siniestras! —soltó abruptamente Madam Sauer, escupiendo algunas gotas sobre las mejillas de Serilda—. ¿Qué enseñanzas les dejará? ¿Crear que eres especial? ¿Que tus historias son un regalo de un dios, cuando deberíamos inculcarles el valor de la honestidad y humildad? ¿Una hora escuchándote y echas a perder todo por lo que me esforcé todos estos años!

Serilda torció la boca hacia un lado y esperó recibir el golpe. Cuando parecía que Madam Sauer se había quedado sin más acusaciones, abrió la boca, inhaló profundo, lista para defenderse; había sido solo una historia después de todo. Además, ¿qué

sabía Madam Sauer sobre ella? Tal vez su padre sí había rescatado al dios de las mentiras durante el solsticio del invierno. Él mismo le había contado la historia cuando era niña y ella luego había revisado los mapas astrales. Ese año *sí* había habido una Luna Eterna, tal como este próximo invierno.

Pero todavía faltaba casi un año entero para eso. Un año para soñar historias exquisitas y fantásticas y sorprender y asustar a los más pequeños que estaban obligados a asistir a esta escuela desalmada.

Pobrecitos.

—Madam Sauer...

—¡Ni una palabra!

Serilda cerró la boca sin pensarlo dos veces.

—Ya escuché suficientes blasfemias de tu boca como para toda una vida —gritó la bruja, antes de resoplar frustrada—. Desearía que los dioses me hubieran salvado a mí de una alumna como tú.

Serilda se aclaró la garganta e intentó continuar con un tono sensible y tranquilo.

—Técnicamente, ya no soy su alumna. Parece olvidar que esta vez vine como voluntaria. Soy más bien una asistente, no una estudiante. Y por lo que veo... creo que valora mi presencia, ya que no me pidió que dejara de venir. ¿Todavía?

Se animó a levantar la vista, sonriendo de un modo esperanzador.

No sentía nada agradable por la bruja y era consciente de que Madam Sauer tampoco por ella. Pero estar con los niños, ayudarlos con sus trabajos, contarles historias cuando Madam Sauer no estaba cerca, eran algunas de las cosas que le traían alegría. Si Madam Sauer le pedía que dejara de asistir, se sentiría devastada. Los niños, los cinco, eran los únicos de toda la

aldea que no la miraban como si fuera una desgracia para su comunidad respetable.

De hecho, eran los pocos que a menudo se animaban siquiera a mirarla. Los rayos dorados en sus ojos ponían incómoda a la mayoría. A veces, incluso se preguntaba si el dios había elegido marcar sus iris porque se supone que no debes mirar a la otra persona a los ojos cuando estás mintiendo. Pero Serilda nunca había tenido problemas para mantenerle la mirada a alguien, estuviera mintiendo o no. Era el resto de las personas quienes tenían dificultad para mantener la suya.

Salvo los niños.

No podía irse. Los necesitaba. Y le gustaba creer que ellos también la necesitaban a ella.

Además, si Madam Sauer la echaba, eso significaría que se vería obligada a conseguir otro trabajo en el pueblo y, por lo que sabía, el único trabajo disponible era... *hilar*.

Puaj.

Pero Madam Sauer mantuvo una expresión solemne. Fría. Incluso rozando la ira. Los músculos por debajo de su ojo izquierdo parecían temblar, una clara señal de que Serilda había cruzado la línea.

Con un movimiento brusco de su mano, Madam Sauer tomó la rama de sauce que tenía sobre su escritorio y la levantó.

Serilda se encogió, un gesto instintivo de tantos años de haber sido una alumna de aquella escuela. Hacía años que no le golpeaban las manos, pero aún sentía el fantasma del dolor que producía la rama sobre su piel. Aún recordaba las palabras que debía repetir con cada azote.

Mentir es malo.

Mentir es obra de los demonios.

Mis historias son mentira, por eso soy una mentirosa.

Quizás no fuera tan terrible, pero cuando la gente dudaba que fueras a decir la verdad, inevitablemente dejaban de confiar también en otros aspectos de tu persona. No confiarían que no les robarías. No confiarían que no los engañarías. No creerían que pudieras ser responsable o considerada. Ensuciarían cada uno de los elementos de tu reputación, de una forma que para Serilda era increíblemente injusta.

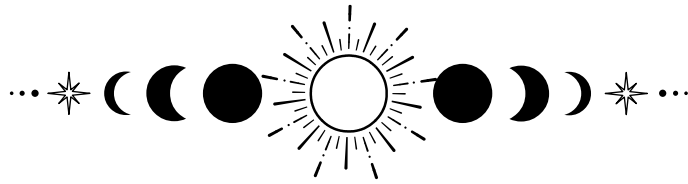
—No creas—dijo Madam Sauer—, que solo por ser mayor de edad, no te quitaré la maldad a golpes. Una vez mi alumna, por siempre mi alumna, señorita Moller.

Serilda inclinó la cabeza hacia adelante.

—Perdón. No volverá a ocurrir.

La bruja resopló.

—Desafortunadamente, ambas sabemos que esa es tan solo otra mentira.



CAPÍTULO DOS

Serilda sujetó fuerte su abrigo cuando salió de la escuela. Aún quedaba una hora de luz, tiempo suficiente para que llegara a su casa en el molino, pero este invierno había sido el más frío de los que podía recordar, con nieve que le llegaba casi a la altura de las rodillas y parches de hielo peligrosos en donde las ruedas de las carretas habían dejado zanjas enlodadas a cada lado del camino. Estaba segura de que la humedad iba a atravesar sus botas y calcetines mucho antes de que llegara a su casa, y ya estaba detestando la desgracia de esa situación del mismo modo que ansiaba sentarse junto al fuego que su padre habría preparado en el hogar, con un tazón humeante de caldo que bebería mientras se calentaba los pies.

Esas caminatas de invierno al salir de la escuela eran el único momento en que deseaba vivir más cerca del pueblo.

Le hizo frente al frío, se subió la capucha y avanzó. Con

la cabeza baja, los brazos cruzados, sus pies la llevaron lo más rápido que podían sin resbalarse en el hielo traicionero que acechaba debajo de la capa más reciente de nieve suave. El aire frío se mezclaba con el aroma a madera quemada que salía de las chimeneas cercanas.

Al menos no se suponía que siguiera nevando esa noche. En el cielo no había ninguna nube gris amenazadora. La Luna de Nieve alcanzaría su máximo esplendor y, si bien no era tan distinguible como la luna llena del solsticio, sentía que debía haber una especie de encantamiento en una luna llena que se presentaba la primera noche del año nuevo.

El mundo estaba lleno de pequeños encantamientos, si te disponías a buscarlos. Y Serilda siempre estaba dispuesta a hacerlo.

—La cacería celebrará el cambio del calendario, al igual que todo el pueblo —susurró para distraerse del traqueteo de sus dientes—. Después de su viaje demoníaco, celebrarán comiendo a la bestia que hayan capturado y beberán un vino caliente especiado con la sangre de...

De repente, algo la golpeó por la espalda, justo entre sus hombros. Giró gritando y se resbaló. Cayó de espalda y aterrizó sobre un colchón de nieve.

—¡Le di! —gritó Anna, victoriosa. Enseguida, la acompañó una erupción de gritos y risas mientras el resto de los niños emergían de sus escondites, pequeñas figuras cubiertas de capas de lana y pieles. Se asomaron por detrás de los árboles y las ruedas de algunas carretas y algunos arbustos crecidos, empuñando espadas de hielo.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó Fricz, con una bola de nieve lista en su mano enguantada, mientras a su lado Anna preparaba otra—. Te estuvimos esperando durante casi una hora para emboscarte. ¡Nickel empezó a congelarse!

–Hace demasiado frío aquí afuera –dijo Nickel, el gemelo de Fricz, saltando de un lado a otro.

–Ah, cierra la boca, quejoso. Ni siquiera la bebé se está quejando, niño.

Gerdrut, la más joven con cinco años, volteó hacia Fricz, molesta.

–¡No soy una bebé! –gritó, arrojándole una bola de nieve. Si bien la puntería fue buena, cayó con un *puff* triste a sus pies.

–Ay, solo fue un comentario –dijo Fricz, lo más cerca que alguna vez estuvo de disculparse–. Ya sé que pronto serás una hermana grande y todo eso.

Al oír eso, la ira de Gerdrut mermó y levantó la cara resplandando con orgullo. No era solo por ser la más joven del grupo que el resto la trataba como un bebé, sino porque también era particularmente pequeña para su edad, y particularmente preciosa, con pecas espolvoreadas sobre sus mejillas redondas y rizos colorados que nunca parecían enredarse, ni siquiera cuando intentaba imitar las acrobacias de Anna.

–El punto es que... –agregó Hans–, nos estamos congelando. No tienes por qué actuar como un cisne moribundo. –Con once años, Hans era el más grande del grupo, y como tal, le gustaba exagerar su rol de líder y protector en la escuela, un rol que el resto parecía aceptar sin problemas.

–Habla por ti mismo –dijo Anna, levantando el brazo antes de arrojar su bola de nieve a la rueda de la carreta abandonada a un lado del camino. Dio justo en el centro–. Yo no tengo frío.

–Pero eso es porque estás haciendo volteretas desde hace una hora –murmuró Nickel.

Anna esbozó una sonrisa con algunos dientes faltantes y enseguida hizo un salto mortal. Gerdrut gritó encantada (los saltos mortales eran, hasta ese momento, el único truco que

había logrado dominar) y se acercó para acompañarla, ambas dejando sus huellas en la nieve.

–¿Y por qué me estaban esperando para emboscarme? –preguntó Serilda–. ¿No tienen un fuego agradable esperándolos en sus casas?

Gerdrut se detuvo, sus piernas desparramadas al frente con un poco de nieve en su cabello.

–Te estábamos esperando para que termines la historia. –Le gustaban las historias de terror más que cualquier otra cosa, aunque no podía escucharla sin hundir el rostro en el hombro de Hans–. Esa sobre la cacería salvaje y el dios de las mentiras y...

–No –la interrumpió Serilda, moviendo la cabeza de lado a lado–. No, no, no. Madam Sauer ya me regañó por última vez. No les contaré más historias. A partir de hoy, solo les daré noticias aburridas y los hechos más triviales. Por ejemplo, ¿sabían que si tocan tres notas particulares en el dulcemele pueden invocar a un demonio?

–Eso lo estás inventando –dijo Nickel.

–No, es verdad. Pregúntenle a cualquiera. ¡Ah! También la única forma de matar a un Nachzehrer es poniéndole una roca en la boca. Eso evitará que mordisquee su propia carne mientras le cortas la cabeza.

–Sí, esa es la clase de educación que nos servirá algún día –dijo Fricz, con una sonrisa traviesa en su rostro. Si bien él y su hermano eran idénticos por fuera (los mismos ojos azules, el mismo cabello rubio esponjoso y los mismos hoyuelos), no era difícil diferenciarlos. Fricz era el que siempre buscaba problemas y Nickel era el que siempre se avergonzaba de que fueran hermanos.

Serilda asintió con sabiduría.

–Mi trabajo es prepararlos para la adultez.

–Uff –dijo Hans–. Estás haciendo de maestra, ¿verdad?

–Yo soy su maestra.

–Claro que no. Apenas eres la asistente de Madam Sauer. Ella solo te deja estar porque puedes hacer callar a los más pequeños cuando ella no.

–¿Te refieres a nosotros? –preguntó Nickel, haciendo un gesto hacia él y los demás–. ¿Nosotros somos los pequeños?

–¡Casi tenemos tu misma edad! –agregó Fricz.

Hans resopló.

–Tienes nueve. Son dos años menos. Es una eternidad.

–No son dos años –dijo Nickel, empezando a contar con sus dedos–. Nuestro cumpleaños es en agosto y el de ustedes...

–Está bien, está bien –interrumpió Serilda, quien había escuchado esta discusión cientos de veces–. *Todos* son pequeños para mí y es hora de que empiecen a tomar su educación más en serio. Así que dejen de llenar su cabeza con tonterías. Me temo que las historias han terminado.

El anuncio fue recibido con un coro de quejidos melodramáticos, lloriqueos y súplicas. Incluso Fricz se arrojó de cabeza a la nieve y empezó a hacer un berrinche que podría o no haber sido una imitación de uno de los peores días de Gerdrut.

–Lo digo en serio esta vez –agregó, con el ceño fruncido.

–Claro que sí –dijo Anna riendo con energía. Había dejado de hacer volteretas y ahora estaba probando la resistencia de un tilo joven, colgándose de una de sus ramas más bajas, mientras se balanceaba de atrás hacia adelante–. Igual a la última vez. Y a la vez anterior a esa.

–Pero ahora sí hablo en serio.

Se la quedaron mirando, poco convencidos.

Aunque suponía que era justo. ¿Cuántas veces les había dicho que dejaría de contarles historias? Se convertiría en una maestra modelo. Sería una señorita honesta y elegante de una vez por todas.

Pero nunca le duraba.

Otra mentira más, tal como Madam Sauer había dicho.

–Pero, Serilda –dijo Fricz, girando hacia ella sobre sus rodillas y mirándola con sus ojos grandes encantados–, el invierno en Märchenfeld es tan aburrido. Sin tus historias, ¿qué queda para nosotros?

–Una vida de trabajo forzado –murmuró Hans–. Reparar rejas y arar la tierra.

–Y también hilar –agregó Anna con un suspiro de cansancio, antes de enredar sus piernas sobre la rama y dejar caer sus manos y trenzas. El árbol crujió de un modo amenazante, pero lo ignoró–. Hilar tanto.

De todo el grupo, Serilda creía que Anna era la que más se parecía a ella, en especial porque Anna había empezado a llevar dos trenzas en su largo cabello castaño, tal como Serilda siempre llevaba la mayor parte del tiempo. Pero su piel bronceada era algunos tonos más oscuros que la de Serilda y su cabello no era tan largo aún. Además, también estaban todos los dientes de leche que le faltaban... de los cuales solo unos pocos se habían caído de forma natural.

También compartían un odio mutuo por el arduo trabajo de hilar lana. A los ocho años, Anna recién había aprendido este fino arte en la rueca de su familia. Serilda la había observado con una gran compasión cuando se enteró de las noticias, refiriéndose al trabajo como el *hastío encarnado*. La descripción se repitió en la boca del resto de los niños durante toda la semana, divirtiendo a Serilda y enfureciendo a la bruja, quien se había pasado una hora entera enseñando la importancia del trabajo honesto.

–Por favor, Serilda –continuó Gerdrut–. Tus historias también son como hilar. Porque es como si estuvieras creando algo hermoso de la nada.

–¡Ay, Gerdrut! Qué metáfora maravillosa –dijo Serilda, impresionada de que Gerdrut hubiera hecho una comparación semejante; esa era una de las cosas que amaba de los niños. Siempre la sorprendían.

–Y tienes razón, Gerdy –dijo Hans–. Las historias de Serilda toman nuestra existencia aburrida y la transforman en algo especial. Es como... convertir la paja en oro.

–Ah, solo me están arrojando flores –resopló Serilda, incluso mientras lanzaba sus ojos hacia el cielo que rápidamente se oscurecía sobre sus cabezas–. Desearía poder convertir la paja en oro. Sería más útil que esto... crear nada más que historias tontas y pudrir sus mentes, como diría Madam Sauer.

–¡Maldita Madam Sauer! –exclamó Fricz. Su hermano le lanzó una mirada de advertencia por maldecir.

–Fricz, la boca –le dijo Serilda, sintiendo que una leve reprimenda estaba bien, incluso aunque apreciara que hubiera sido en su defensa.

–Lo digo en serio. Un par de historias no le pueden hacer mal a nadie. Solo está celosa porque las únicas historias que ella nos puede contar son sobre reyes muertos y sus asquerosos descendientes. No sabría lo que es una buena historia ni aunque le mordiera el pie.

Los niños rieron hasta que la rama de la que estaba colgada Anna, de repente, se quebró y cayó sobre una pila de nieve.

Serilda asustada se acercó corriendo a ella.

–¡Anna!

–¡Sigo viva! –dijo Anna. Era su frase favorita y una que usaba bastante seguido por sus travesuras. Se desenredó de la rama, se sentó y les esbozó una sonrisa a todos–. Menos mal que Solvilde puso un poco de nieve aquí para amortiguar mi caída. –Con una sonrisa, sacudió la cabeza y algunos copos de nieve cayeron

sobre sus hombros. Cuando terminó, miró a Serilda–. Entonces, ¿terminarás la historia o no?

Serilda intentó fruncir el ceño en desaprobación, pero sabía que no estaba haciendo un buen trabajo al mostrarse como una adulta madura entre ellos.

–Son fastidiosos. Y, debo confesar, bastante persuasivos. –Suspiró con pesadez–. Está bien. ¡Está bien! Una historia rápida, porque la cacería será esta noche y todos debemos estar en casa cuanto antes. Vengan.

Los guio por la nieve hacia un bosquecillo pequeño, donde se encontraron con un colchón de agujas de pino secas y algunas ramas que ofrecían algo de protección del frío. Los niños se reunieron a su alrededor, tomando su lugar entre las raíces, hombro con hombro para compartir todo el calor que podían.

–¡Cuéntanos más sobre el dios de las mentiras! –dijo Gerdrut, sentándose junto a Hans en caso de que tuviera miedo.

Serilda negó con la cabeza.

–Hoy tengo otra historia para contarles. Es la clase de historia que es mejor contarla bajo una luna llena. –Señaló hacia el horizonte, donde la luna estaba teñida del color de la paja en verano–. Esta es una historia distinta sobre la cacería salvaje, que solo aparece bajo una luna llena, arrollando todo a su paso con sus caballos y sabuesos infernales. Hoy, la cacería tiene un único líder al frente, el siniestro Erlking. Pero cientos de años atrás, no era él quien guiaba a la cacería, sino su amada Perchta, la gran cazadora.

Los niños la miraron con una inmensa curiosidad, acercándose con ojos brillantes y sonrisas enormes mientras escuchaban sus palabras. A pesar del frío, Serilda también sentía el calor de su propio entusiasmo. Había cierta premonición, ya que rara vez sabía los giros que tomarían sus historias una vez que brotaban de

su boca. La mitad de las veces, se mostraba igual de sorprendida que sus oyentes ante las revelaciones de la trama. Era parte de lo que la motivaba a contar historias; no saber el final, no saber qué ocurriría luego. Estaba inmersa en la aventura del mismo modo que los niños que la escuchaban.

–Los dos estaban salvajemente enamorados –continuó–. Su pasión podía encender los rayos que caían desde los cielos. Cuando el Erlking miraba a su feroz amante, su corazón negro se aceleraba tanto que las tormentas cubrían los océanos y los terremotos sacudían las montañas más altas.

Los niños hacían caras. Por lo general, se quejaban ante cualquier mención de algo romántico; incluso el tímido Nickel y la soñadora Gerdrut, aunque sospechaba que lo disfrutaban en secreto.

–Pero había un problema con su amor. Perchta ansiaba desesperadamente un hijo. Pero debido a la oscuridad de sus corazones tenían más muerte que vida en su sangre, y no podían traer un niño al mundo. Por ese motivo, tal deseo era imposible... o eso creía Perchta. –Sus ojos destellaron al notar cómo la historia se desentramaba frente a ellos.

»De todas maneras, al Erlking le rompía su corazón putrefacto ver cómo su amor se escurría entre sus manos, año tras año, ansiando un niño al que poder considerar suyo. Cómo lloraba, sus lágrimas eran torrentes de lluvia que inundaban todos los campos. Cómo sufría, sus llantos eran truenos sobre las colinas. Al no tolerar verla de ese modo, el Erlking viajó hacia el fin del mundo para rogarle a Eostrig, el dios de la fertilidad, que colocara un niño en el útero de Perchta. Pero Eostrig, quien cuidaba de toda vida nueva, sabía que Perchta estaba hecha más de crueldad que de afecto materno y no se animó a concederle un niño a una madre como tal. No hubo

súplica alguna que el Erlking pudiera hacer para persuadir a Eostrig.

»Y así el Erlking regresó por tierras salvajes, aborreciendo pensar en cómo decepcionaría a su amada con las noticias. Pero mientras cabalgaba por el bosque de Aschen... –Se detuvo, mirando a cada niño a los ojos, ya que estas palabras les habían transmitido una nueva energía. El bosque de Aschen era el escenario de innumerables historias, no solo las suyas. Era la fuente de más leyendas, pesadillas y supersticiones que ella jamás podría contar, en especial aquí en Märchenfeld. El bosque de Aschen se encontraba al norte de su pequeño pueblo, a pocos kilómetros a caballo atravesando el campo, y su presencia inquietante cautivaba a los aldeanos desde su infancia, criados con advertencias por todas las criaturas que vivían en ese bosque, desde las más tontas y traviesas hasta las más infames y crueles.

El nombre lanzó un nuevo hechizo sobre los niños. La historia de Serilda sobre Perchta y el Erlking ya no era un suceso distante. Ahora estaba en la puerta de sus casas.

–Al cruzar por el bosque de Aschen, el Erlking oyó los sonidos más desagradables. Resoplidos. Llantos. Ruidos gorjeantes y asquerosos que a menudo se asocian a... *niños* gorjeantes y asquerosos. Fue entonces que vio a un niño, una pequeña criatura patética, apenas grande como para caminar sobre sus patas regordetas. Era un bebé humano, cubierto de pies a cabeza con arañazos y lodo, llorando por su madre. Y así el Erlking tuvo la más tortuosa idea.

Sonrió y los niños le devolvieron la sonrisa, ya que ellos también podían ver hacia dónde se dirigía la historia.

O eso creían.

–De este modo, el Erlking levantó al niño con sus trapos sucios y lo guardó dentro de uno de los largos sacos de tela que

llevaba a un lado de su caballo. Y así siguió su camino a toda prisa de regreso al castillo de Gravenstone, en donde Perchta lo esperaba con ansias.

»Le presentó el niño a su amada y su felicidad hizo que el sol brillara con más intensidad. Los meses pasaron y Perchta consintió a aquel niño como solo una reina puede hacerlo. Lo llevó de paseo por las ciénagas de la muerte en las profundidades del bosque. Lo bañó en manantiales sulfurosos y lo vistió con las pieles de las bestias más finas que jamás había cazado: la piel de un rasselbock y las plumas de un stoppelhahn. Lo meció en las ramas de los sauces y le cantó canciones de cuna para llevarlo a dormir. Incluso le regaló su propio sabueso del infierno para montar de modo que pudiera acompañar a su madre cazadora en sus travesías mensuales. Se sintió plena por algunos años.

»Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, el Erlking empezó a notar una nueva melancolía que abrumaba a su amada. Una noche le preguntó cuál era el problema y, con un llanto de dolor, Perchta señaló a su hijo, quien ya no era más un bebé, sino un niño nervudo y fuerte. Fue en ese momento que le dijo, “Nunca en mi vida quise nada más que tener un hijo propio. Pero, qué pena, esta criatura ante mí no es un bebé. Es un niño y pronto será un hombre. Ya no lo quiero”.

Nickel se quedó boquiabierto, horrorizado ante la idea de que una madre, aparentemente tan devota de su hijo, dijera algo semejante. Era un niño sensible y, quizás Serilda aún no le había contado suficientes historias antiguas, las cuales por lo general empezaban con padres, madres o tutores que descubrían que ya no sentían el mismo encanto que antes por sus hijos e hijas.

–Y así, el Erlking llevó al niño de regreso al bosque con el pretexto de que practicarían sus habilidades con el arco y

cazarían un ave para la cena. Pero cuando se adentraron en las profundidades del bosque, el Erlking desenvainó su cuchillo de caza de su cintura, se acercó al niño por detrás y...

Los niños retrocedieron, espantados. Gerdrut hundió el rostro en el brazo de Hans.

–...le cortó la garganta, para luego abandonarlo junto a un arroyo frío para morir.

Serilda esperó un momento a que calmara su asco y conmoción antes de continuar.

–Y así el Erlking salió en busca de una nueva presa. Aunque esta vez no sería una bestia, sino otro niño humano para entregarle a su amada. Desde entonces, el Erlking lleva a todo niño o niña perdida que encuentra directo hacia su castillo.